Este texto reflexiona sobre las implicancias de la incorporación de tecnologías a la universidad. Plantea que antes que la tecnología está la pedagogía. Esto es: antes de implementar tecnología es preciso afianzar la colaboración con el aprendizaje desde una mediación pedagógica; antes de tender una red tecnológica es importante comprobar que exista una red humana; antes de dar un salto tecnológico es imprescindible consolidar la producción intelectual. Sin negar la utilidad del recurso tecnológico y tras analizar iniciativas puestas en marcha en este sentido, el texto vuelve sobre una idea central: en el ámbito de la enseñanza y el aprendizaje, la incorporación de equipos no implica mejorar la enseñanza.

DESDE LA PEDAGOGÍA A LAS TECNOLOGÍAS [1]

La Universidad a Distancia de las Islas Baleares tiene como lema de trabajo la siguiente expresión: “Nuestra principal tecnología, es la pedagogía”.

Dejada atrás la discusión en torno al sentido de este término (en algún momento se lo quiso abandonar porque aludía, etimológicamente, a la guía del niño, cuando en la universidad tratamos con adultos), nosotros preferimos esta conceptualización:

Entendemos la pedagogía como el intento de comprender y dar sentido al acto educativo, en cualquier edad y en cualquier circunstancia en que se produzca, a fin de colaborar desde esa comprensión con el aprendizaje como construcción y apropiación del mundo y de sí mismo[2].

La expresión “*en cualquier edad y en cualquier circunstancia en que se produzca*” tiene aquí todo el sentido. No hay trabajo educativo para niños, niñas, adolescentes, adultos o ancianos, que no requiera esa comprensión y esa colaboración. Nos apartamos con fuerza de las viejas concepciones, todavía muy vigentes, referidas al espacio universitario como algo ajeno a lo pedagógico, como reino de un pensar que se piensa y se construye sin ningún tipo de mediación pedagógica.

En el libro que publicamos hacia 1997 con el ICFES en Colombia[3], caracterizamos ese último concepto de la siguiente manera:

Llamamos pedagógica a una mediación capaz de promover y acompañar el aprendizaje de nuestros interlocutores, entendido el aprendizaje como la tarea de éstos de construirse y de apropiarse del mundo y de sí mismos.

La mediación consiste en colaborar mediante el tendido de puentes: entre lo que se sabe y no se sabe, entre lo vivido y lo por vivir, entre lo imaginado y lo por imaginar.

Pues bien, despleguemos el alcance del lema de la Universidad de Islas Baleares de esta manera:

“Nuestra principal tecnología, es la pedagogía”, es decir, el intento de comprender y dar sentido al acto educativo a fin de colaborar con el aprendizaje desde una mediación pedagógica entendida como la tarea de promover y acompañar el aprendizaje, de tender puentes.

Hablamos de la tecnología *desde* la pedagogía, en tanto nos situamos en un quehacer universitario preocupado, sin duda, por el conocimiento, pero también, y fundamentalmente, por el aprendizaje.

Las preguntas

Plantado este punto de partida, nos detendremos en lo que vienen significando las tecnologías de la información y de la comunicación en la totalidad de una institución universitaria, sobre la base de ejemplos tomados de la Argentina, de Chile y El Salvador.

La cuestión inicial es la siguiente: ¿han posibilitado las tecnologías transformaciones en la docencia, la investigación y la extensión? De inmediato vale la pena plantear una segunda: ¿y por qué habían de posibilitarlas?

Hacia el año 95 se gestó en este país desde donde escribo la RIU, Red de Información Universitaria, destinada a conectar a las 35 universidades nacionales a través de un sistema de alta velocidad. En l998, cuando se había avanzado bastante en la conectividad, tuve oportunidad de dialogar con directivos de esa empresa: “¿cómo va la supercarretera?”, pregunté; “la supercarretera bien en lo técnico, pero con muy poco tránsito”.

Si la comunicación interna de una universidad en particular aparece fragmentada en cátedras, carreras, viejos departamentos y facultades, con una entropía comunicacional vivida a lo largo de años, ¿por qué mágicamente se abriría el ansia de comunicación con el advenimiento de la carretera digital?

En nuestros establecimientos de educación superior hay investigación, pero la comunicación de sus resultados, tanto a otros ámbitos académicos como a la sociedad en general, deja mucho que desear. Si aquélla no se generó con las anteriores tecnologías, habrá que pensar que las de hoy requerirán de una transformación en formas de relacionarse que todavía está en camino.

¿Y la docencia? ¿No se nos abren alternativas preciosas con estos recursos? Volvamos a las viejas tecnologías. Muchas universidades nacionales están vinculadas directamente a la Asociación de Teleeducación Iberoamericana, ATEI; a través del satélite se pueden grabar dos horas diarias de transmisión de programas educativos para el tercer nivel. Tengo el caso de una institución con 3000 docentes, que posee un archivo de 4000 horas. De aquéllos, en toda la historia de ese servicio ofrecido para la práctica educativa, sólo han retirado materiales unos 450, y de esta cifra el promedio anual es de dos videos…[4]

Podemos anticipar, casi visionariamente, lo que sucederá con las nuevas tecnologías viendo lo que se hizo y se hace con las viejas.

El caso mexicano es, en este sentido, muy interesante. Funcionan en ese país diez canales educativos con alrededor de 30.000 aulas remotas. Los antecedentes se remontan a la década del 70. En la actualidad se procede al armado de la Videoteca Nacional, sobre la base de 150.000 horas de programación, con el propósito de digitalizar por lo menos un tercio de esta cifra. En los años 90 se tomó la decisión de introducir el uso del video en las aulas de las escuelas secundarias, para ir aprestando la recepción satelital de los canales. Para ello se prepararon especialmente programas para los educadores: un paquete de dos horas de duración para cada disciplina; cada programa producido y actuado por docentes, de manera de hablarle al destinatario en su lengua y desde sus resistencias e inhibiciones ante la tecnología. Al cabo de un año, lo audiovisual era de uso corriente en la enseñanza media de buena parte del país. Después, *sólo después*, llegó la señal satelital[5].

De acuerdo, me dirán ustedes, pero no podrá negar que con la extensión las cosas marchan de modo diferente; el mundo se ha ampliado de manera increíble, tiene cada institución las puertas abiertas para comunicarse con la sociedad. No estoy tan seguro de esto. En el caso de la Argentina la represión desatada en 1976 fue tan terrible que la universidad en general no ha podido recomponerse en lo que significa la comunicación con la sociedad. Más bien la tendencia es a cumplir con requisitos mínimos, pero no a comprometerse con una relación más directa. Fue vulnerada de una manera terrible la *voluntad de comunicación* y eso no se recupera fácilmente.

El tono escéptico de este panorama se puede completar con lo que nos viene sucediendo con la educación a distancia. La Argentina no se caracterizó por un desarrollo fuerte de esta modalidad. La primera reglamentación ministerial de sus alcances es del año 1998. Hay antecedentes de más de dos décadas y hay una universidad, la de Quilmes, que, con el apoyo de la Abierta de Cataluña, viene funcionando como la institución virtual del país.

Pero en la práctica queda todavía mucho por hacer, en el plano tan elemental de legitimar la educación a distancia dentro de las universidades. Se sigue viendo esa forma de enseñar y de aprender como algo carente de seriedad y de valor. Buena parte de los proyectos son de muy corto alcance y las iniciativas cooperativas casi no existen, con una excepción que presentaré más adelante.

La irrupción de las tecnologías, tomando en cuenta lo que he venido exponiendo, no hace milagros cuando se mantienen antiguos esquemas de relación, cuando continúa vigente con toda fuerza el viejo discurso universitario, centrado en la palabra del docente y en estructuras tan rígidas y anquilosadas como la cátedra tradicional[6].

¿Qué leerá el que no tiene ideas?

La expresión es de Simón Rodríguez. Fue escrita por los años 30 del siglo XIX. El maestro reclamaba lo previo al esfuerzo de la lectura: “ideas, antes que letras”[7].

Podría de inmediato proponer una línea similar, llevada a nuestro tiempo: “pedagogía, antes que tecnologías”, indicando que el *antes* se entiende aquí en sentido temporal.

Pero dejaremos eso para la última parte de esta conferencia, cuando volvamos sobre lo pedagógico. Revisaremos el *antes* en otros campos.

En 1997 y 1998 coordiné en mi universidad el proyecto SIBI, Sistema Integrado de Bibliotecas Informatizadas, que consistió en la creación de una red entre los centros de documentación existentes en cada una de las once facultades más el Central, destinado a toda la institución. Vale la pena detenernos en lo que acabo de escribir: mi Universidad, fundada en 1939, tiene una biblioteca por facultad y una general, todas las cuales no estuvieron en comunicación (salvo algún intento pasajero) sino hasta 1997, cuando comenzó a crearse la red. ¡He aquí un *antes* de la tecnología! No estar en comunicación significa compras repetidas de libros, subscripciones dobles o triples a revistas, carnés válidos sólo para esta facultad y no para las restantes… Seamos justos, había algún sistema de préstamo interbibliotecario, pero para conocer lo existente en cada sitio era necesario deambular por todo el campus.

El SIBI nació dentro de un proyecto destinado a incorporar equipamiento para posibilitar la red. Pero para dar ese paso, trabajamos más de un año en la creación de algo que no existía de ninguna manera: la red humana. Para ello montamos un programa de comunicación, de capacitación y de interaprendizaje que fue sacando a la gente de sus espacios cerrados, para abrirla a un juego de interacciones, en el que pudo formarse y a la vez para que cada quien aportara lo que sabía.

El proyecto ha continuado, y recién en el 2000, tras cuatro años de trabajo, hemos podido recoger los frutos de una red en funcionamiento, la cual todavía tiene mucho que caminar para lograrse de manera plena. Las tecnologías llegaron en su momento y funcionan, pero antes fue necesaria la construcción entre seres humanos.

Digámoslo, entonces, así: red humana antes que red tecnológica.

Con un ingrediente más: la velocidad del mundo digital bien se puede estrellar contra los tiempos del espacio universitario. Un proyecto de uso pleno de dicho mundo siempre estará en relación con lo que dichos espacios *son* en determinado momento.

Todo a la red

Di un ejemplo de red en mi Universidad. Y aludí a su funcionamiento actual. El resto del sistema continúa inmerso en el aislamiento de las cátedras, carreras, viejos departamentos y facultades, a pesar de que ha crecido mucho el número de personas que utilizan por lo menos el correo electrónico.

Supongamos ahora un ejemplo distinto, en el sentido de la proyección a través de la gran red. En 1994 la Universidad de Chile creó su Web con un propósito: incorporar *toda* la institución a la red. El término que acabo de subrayar suele ser demasiado ambicioso, siempre queda algo de esos intentos totalizadores. Pero la U. de Chile mantuvo esa decisión hasta sus últimas consecuencias; *toda* significaba a octubre de 1999 el mantenimiento de una página viva sostenida por 60 personas, con detalles como los siguientes: información completa sobre las carreras, cursos y seminarios, directorio académico con detalles sobre la respectiva disciplina, las publicaciones y la producción intelectual, las actas del Consejo Superior, las publicaciones periódicas, la radio, 1000 publicaciones de texto completo, las 33 revistas, el catálogo en línea de las bibliotecas, la digitalización de todas las obras de los museos de arte que dependen de la institución, lugares especiales para la cultura chilena, programas interactivos para educación permanente…[8]

Cuando se decide un paso semejante, es preciso estar muy bien parado como organización para darlo. Porque, ¿qué incorporará a la gran red quien no tiene qué incorporar?

La clave de lo sucedido con la U. de Chile está en lo previo al salto tecnológico. Y, sobre todo, descansa en un punto al cual quiero referirme con especial énfasis: la producción intelectual. Si ésta no se ha consolidado, si no se la ha trabajado desde la construcción de conocimientos y desde la voluntad de comunicación, difícilmente podrá alimentarse este mundo que nos ha tocado.

Para decirlo jugando con las palabras: mal puedo soñar con el hipertexto, si nunca he producido el texto.

La voluntad de comunicación

En febrero de 1999 me tocó coordinar el diagnóstico comunicacional de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, la UCA, en El Salvador[9]. Pusimos, en los acuerdos con las autoridades, como base para el trabajo el lema “la comunicación *en*”. El subrayado nos abre a todo un universo, no es lo mismo “comunicación y”, esta expresión así planteada marca de entrada una separación, una diferencia. Con *en* quisimos enfatizar lo comunicacional profundamente vivido.

Se trabajó en siete mesas:

- → Comunicación en la educación
- → Comunicación en los medios de comunicación

→ Comunicación en los centros de información y documentación
→ Tecnologías de la información y la comunicación
→ Comunicación en la gestión
→ Comunicación en la matriz académica
→ Comunicación en la proyección social

Fue uno de los primeros diagnósticos comunicacionales con visión de totalidad vividos en una universidad latinoamericana. Pudimos avanzar sin ningún problema, con una amplitud de opinión y con una búsqueda de mejoramiento incansable en cada una de las mesas. La clave: lo que buscábamos ya existía. La UCA viene consolidando su estructura departamental y su relación con la sociedad salvadoreña desde la década del 70, con una voluntad de comunicación que le ha permitido armar las redes que la sostienen en la actualidad. Buscar y hallar lo que ya existe es maravilloso, cuando se quiere ir todavía más allá.

El paso a lo tecnológico no había hecho más que confirmar lo que la institución ya era y es. Voluntad de comunicación, entonces, no nacimiento de esta última con la llegada de la tecnología.

Del aislamiento a la red interuniversitaria

Si las universidades funcionan por dentro sin mayor conexión, a la hora de relacionarse entre ellas tal característica no tiene por qué no manifestarse. Las redes universitarias, al menos en mi país, son todavía un sueño que tardará muchos años en llegar al terreno de la vigilia.

Me ha tocado participar en una pequeña experiencia de trabajo en red entre siete universidades nacionales (Córdoba, Río Cuarto, Villa María, Cuyo, San Luis, San Juan y La Rioja) para la creación y la puesta en marcha de un Curso Interuniversitario de Educación a Distancia.

El propósito: capacitar a unos 380 docentes de las diferentes casas de estudios en la modalidad a distancia, mediante un sistema basado en un texto base impreso y el correo electrónico. La primera reunión para la puesta en marcha de la experiencia se realizó el 1º de octubre de 1999 y el curso comenzó a dictarse en abril de 2001. ¿Qué sucedió en ese período? Hubo que llegar a acuerdos mínimos sobre la concepción de educación a distancia, armar un sistema en el cual participaran las siete universidades sin que ninguna de ellas se sintiera manejada o dominada por las otras, diseñar el curso completo, consensuar el contenido de cada texto base, escribir los textos en colaboración con más de una universidad, seleccionar y capacitar a los tutores, crear una red básica para el seguimiento de los participantes, organizar la administración del curso y el sistema de financiamiento… El aprendizaje que vivimos fue muy intenso, pero el mismo nos llevó a comprender las dificultades de un sistema en red, y eso que el grupo participante se movió sólo en el espacio de un curso de 190 horas[10].

Uno de los elementos de mayor riqueza fue el de la tutoría a través del correo electrónico. Todos aprendimos, desde los participantes hasta los tutores y quienes nos hicimos cargo de la coordinación general; ello porque la filosofía que sostenemos es la de un seguimiento con la mayor personalización posible, y esto no suele ser común cuando se trabaja con un número elevado de estudiantes.

Si una pequeña red nos ha llevado casi dos años, ¿qué nos espera a la hora de involucrar proyectos completos, carreras, postgrados? Hay experiencias de este tipo, pero en general son de dos o tres universidades.

La producción intelectual

Hace unos dos años me consultaron sobre la terminología a utilizar para el llamado a concursos, en una universidad en la cual había cierta resistencia a quedarse sólo con el rubro “publicaciones”. Sugerí “producción intelectual”, la cual siempre es más amplia que aquél, porque hay mucho material que no ha salido a la luz de lo impreso y que a menudo cumple un valioso papel en el trabajo con los estudiantes, como por ejemplo las guías de estudio o los apuntes de cátedra.

Lo cierto es que en la Argentina, con respecto a este tema, oscilamos entre dos extremos: o bien una muy baja producción intelectual (por ejemplo, de 1000 docentes en algún establecimiento, sólo publican 150 o 200) o una mayor producción que se queda literalmente enclaustrada (en general, podemos decir que la universidad produce mucho más de lo que comunica).

No es el caso tratar de explicar aquí las causas de la baja producción intelectual. Digamos que la misma es una realidad, muchos colegas se limitan a dar sus clases sin que se les exija una escritura producto de sus investigaciones o de su trabajo a favor de los estudiantes.

Esto ha venido cambiando, pero aún queda mucho por hacer, sobre todo si se piensa en lo que significa una falta de práctica en ese sentido, que a menudo ha abarcado años enteros. ¿Qué podemos aportar para entrar a las tecnologías si la producción intelectual es mínima? Nos quedará el papel de consumidores, porque en la red cuenta la producción, no lo que puede uno desarrollar a través de clases expositivas en el aula.

En la Argentina, una de las soluciones que se buscó para ampliar la producción intelectual fue un programa de incentivos a la investigación, sobre la base del siguiente supuesto: a mayor creación de conocimientos, mayor posibilidad de alimentar la enseñanza con esos productos. El supuesto se convirtió, en los papeles, en una obligación: los docentes investigadores debían, deben, llevar a sus alumnos el producto de su trabajo.

Todavía está pendiente una investigación destinada a reconocer si esa transferencia de lo investigado al aula se ha producido y de qué manera. Los

productos derivados de la investigación no se convierten automáticamente en productos mediados para promover y acompañar el aprendizaje.

Por eso, nosotros hemos optado por una línea de producción intelectual orientada directamente a la mediación pedagógica.

La docencia universitaria

Desde 1995 dirijo en la Universidad Nacional de Cuyo una carrera semipresencial de Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria. El sistema está organizado para un trabajo de 800 horas, a cumplir a lo largo de 15 meses, durante los cuales la tarea se organiza en cuatro módulos:

- ⇒ La Enseñanza en la Universidad
- ⇒ El Aprendizaje en la Universidad
- ⇒ La Educación Superior
- ⇒ La Pedagogía Universitaria

Han egresado, de las cinco primeras promociones 808 colegas, 680 de los cuales pertenecen a la UNC y el resto a otros establecimientos de Mendoza y de la Argentina. Este fin de año terminan de cursar los participantes en la sexta promoción y acabamos de abrir la séptima, esta vez con trabajo totalmente a distancia para una comisión experimental.

El aprendizaje se ha basado, hasta la sexta promoción, en un texto impreso, la bibliografía en disquete y el seguimiento tutorial. ¿Por qué no dimos hasta este mes de octubre el salto a la tecnología? *Porque no nos hizo falta*. Volveré sobre este punto más adelante.

Para aprobar cada Módulo, los participantes deben elaborar, de manera individual, un *texto paralelo* que caracterizamos con Francisco Gutiérrez Pérez como “una obra intelectual producto del seguimiento de las prácticas de aprendizaje, realizada por el propio aprendiz”. Se trata de un seguimiento y de un registro de lo aprendido.

Contamos ya con más de 4000 textos paralelos, con un promedio de 100 páginas cada uno, en los cuales se han volcado percepciones, conceptos, metodologías, entrevistas a estudiantes y a especialistas, propuestas de prácticas de aprendizaje, formas de autoevaluación y de evaluación, reflexiones sobre la profesión y sobre esta compleja institución que llamamos universidad…

Hay una condición fundamental a la hora de la escritura: *la comunicabilidad*, que caracterizamos así:

La máxima intensidad de relación lograda en las instancias de aprendizaje: la institución con sus docentes, estudiantes y el contexto, los docentes entre sí y con los estudiantes, los estudiantes entre sí y con los medios, los materiales y

el contexto, en fin, cada uno (docente o estudiantes, encargados de la gestión del establecimiento) consigo mismo.

Dentro de este juego, la comunicabilidad en la producción intelectual significa el esfuerzo constante de interlocución, de orientación hacia los estudiantes, de narratividad, de capacidad expresiva para salir del esquema del discurso universitario tradicional, sin dejar de lado lo conceptual. Hablar de ciencia *con alguien*. De tender puentes, se trata, de mediar.

Pedagogía y comunicabilidad, afirmamos, antes que tecnología.

El postgrado fue planteado con una visión estratégica: la Universidad se propuso, hacia 1995, lograr que por lo menos el 50 % de su personal estuviera capacitado para la docencia. Ya había muchos colegas con esa formación, de modo que al cabo de cinco años pudimos redondear la cifra esperada.

Pero había otros propósitos. El primero, si se quiere como currículum oculto: *la recuperación de la estima* por parte de nuestros educadores. Una institución de educación superior puede aparecer, merced a sus aportes al conocimiento y a su autonomía, como guardiana de ciertas libertades en el seno de la sociedad. Pero a su interior es posible encontrar formas de poder expresadas en la estructura de la cátedra tradicional o en las presiones ejercidas de una disciplina a otra. La recuperación de la estima se orienta a ofrecer caminos de creación y de reafirmación personal a los colegas, con lo que afirmamos que no siempre nuestros establecimientos abren las suficientes alternativas para ello. Si alguien puede revisar su práctica, elaborar textos, desinhibirse en su capacidad discursiva, relacionarse más libremente con sus estudiantes, mostrar a sus pares sus productos y abrir su aula a otras miradas, termina por afirmarse en su condición de educador y de intelectual.

El segundo propósito: la ruptura de la mirada monodisciplinar, del punto de vista fijo, del aislamiento. El postgrado tiene una vocación social por excelencia, tanto por el pedido explícito de la comunicabilidad de lo producido como por las relaciones que se van estableciendo entre docentes de distintos campos del saber. Como se trata de estudios para toda la universidad, no hemos entrado en las variantes correspondientes a cada disciplina o carrera. Ese tipo de contenido lo pone el cursante, a la hora de cumplir con las prácticas; lo que nosotros ofrecemos es una base general, una pedagogía más que didácticas específicas.

Los grupos correspondientes a la labor presencial (una sesión de cuatro horas por mes) son conformados por personas de distintas ramas del saber, de modo que se logra en cada caso una riquísima interacción y un interaprendizaje fecundo. La gente viene a las presenciales a interactuar, no a que les hagamos una exposición oral. En educación a distancia, es sabido, no se dan clases.

El tercero es el logro a través de la creación de una obra. Hemos señalado al respecto:

“La escritura, entonces, no sólo como construcción de un texto, sino como construcción de uno mismo. Es que nos expresamos, y somos, a través de la obra, y el texto paralelo buscó siempre convertirse en una obra personal y a la vez ligada a los temas que corresponden al aprendizaje de la docencia universitaria.

A través de la escritura emerge la diferencia, en esa palabra escrita de manera morosa emerge un sello personal. La construcción del sujeto está íntimamente vinculada al hecho de constituirse en un sujeto de escritura. En el fondo uno habla en la escritura de manera autobiográfica[11].”

Planteamos la necesidad de una sólida construcción intelectual para enfrentar la docencia con pleno manejo de recursos de comunicación. Y en dicha construcción entra de lleno la escritura[12].

El cuarto propósito: contar con seres preparados para cualquier otra iniciativa, incluidas las que puedan hacerse a través de las tecnologías. Cualquier empresa nueva será iniciada *desde* una formación pedagógica. De a poco nos vamos abriendo a las tecnologías, pero con las manos llenas, no desde una confianza ciega en ellas, como si su sola presencia pudiera transformar tantos años de viejos moldes para la enseñanza y el aprendizaje.

Hacia el mundo digital

En la experiencia de mi Universidad, que he tomado como eje de esta exposición, no dejamos de vivir las tensiones propias de una institución de este tipo. Los casi 700 egresados aún no han sido aprovechados a fondo para introducir cambios en la vieja estructura. Suceden muchas cosas nuevas en las aulas, y eso es un paso enorme, pero todavía no hay una incorporación de ese caudal humano a iniciativas colectivas, que permitan proyectar las transformaciones más allá de lo que intenta cada quien en su respectiva asignatura.

Pero vayamos a lo tecnológico. El primer paso fue forzado en 1995, cuando le pedimos a los alrededor de 300 participantes en la primera promoción que realizaran en computadora sus trabajos destinados a conformar el texto paralelo. Esto costó bastante, muchos colegas ni siquiera sabían escribir a máquina. Luego vinieron prácticas de utilización del video en el aula, de entrevistas a estudiantes y especialistas con una grabadora en mano, de navegación por Internet (primera oportunidad para buena parte de los docentes involucrados en el postgrado…).

En la actualidad no contamos en la universidad con eje articulador de las iniciativas en torno a las tecnologías orientadas hacia la educación. Están pasando cosas importantes, pero las mismas dependen de alguna facultad en particular o incluso de alguna cátedra.

Vayamos a los ejemplos. En educación a distancia existen varias experiencias, entre las que menciono la de la Facultad de Ciencias Económicas, con un curso de contabilidad superior en línea. Parte de los responsables del mismo ha pasado por nuestro postgrado, de modo que lo pedagógico es siempre prioritario. Y a la vez, ese personal viene desarrollando desde 1997 una línea de cursos de *power point* y de elaboración de página Web que le ha permitido unir en la propuesta mencionada la mediación tecnológica y la mediación pedagógica.

En el Instituto Tecnológico Universitario, que ofrece tecnicaturas de dos a tres años de duración, se lanzarán dos carreras a distancia, para lo cual vienen trabajando los docentes en la mediación de sus textos base. Se aprovechará la infraestructura de aulas remotas, que aquí existen bajo la denominación de CTC, Centros Tecnológico Universitarios, para cubrir parte de la provincia de Mendoza.

Para el ingreso a la universidad, se preparan materiales mediados, destinados al trabajo en lengua, matemática y física. El propósito es permitir a los alumnos un estudio a lo largo del último año del ciclo medio, con el apoyo de impresos, consultas a través de Internet y seguimiento tutorial.

De a poco, dentro de las iniciativas individuales, van naciendo páginas de cátedras y se abren alternativas de consulta por correo electrónico a los docentes a la vez que el acceso a prácticas sugeridas desde determinado curso para su trabajo fuera de las aulas.

He mencionado que nuestro postgrado de Docencia Universitaria inicia este año una comisión experimental a distancia, sobre la base de la comunicación a través de Internet, pero sin dejar de lado los materiales impresos que venimos utilizando.

Estas y otras iniciativas similares muestran que los pasos son lentos. Es que la estructura no permite avanzar demasiado a prisa. No creemos, en el ámbito de la enseñanza y del aprendizaje, que la incorporación de equipos pueda significar un salto en los modos, precisamente, de enseñar y de aprender. Tenemos más de un ejemplo en el país de salas para videoconferencias totalmente equipadas casi en desuso, salvo cuando se las emplea para continuar, en no pocos casos, con la rutina de la clase expositiva.

Agregar valor… pedagógico

Las posibilidades abiertas por las actuales tecnologías son inmensas si se piensa en una revolución en la manera de hacer pedagogía. Pero el problema surge cuando esta última no existe como filosofía básica, o cuando se la maneja de un modo estrecho, en el entendido de que enseñar es transmitir información, algo muy vigente en muchos espacios universitarios.

No dejamos de reconocer que el universo virtual interpela con fuerza a la educación tradicional, sobre todo porque ofrece instrumentos para quebrar la primacía del proceso centrado en el discurso del docente. Para nosotros, los educadores, las tecnologías son un destino del que no podemos ni podremos sustraernos.

Pero el camino hacia ellas no está exento de obstáculos. En realidad, estos últimos se ha venido planteando a la pedagogía universitaria y cuando ella se dirige hacia lo tecnológico, no hay razón para que no se repitan viejas formas de entender la educación y la universidad misma.

Si, en general, carecemos de una pedagogía universitaria centrada en la promoción y el acompañamiento del aprendizaje, ¿cómo podemos pretender que la misma surja a la hora de volcarnos a las tecnologías?

Veamos algunos factores que conspiran contra esa pedagogía universitaria:

1. La estructura de la universidad, con su distribución de poder y sus jerarquías internas.

2. La pervivencia de la cátedra tradicional, en mi país organizada a partir de un titular que decide todo y de un equipo obligado, por reglamento, a cumplir esas decisiones (con todas las excepciones del caso, pero las mismas se producen por motivos personales, y no porque la estructura lo favorezca).

3. El acento puesto en la ciencia y no en los aprendizajes (nadie discute el valor de aquélla, pero cuando educamos hacemos algo más que ciencia).

4. El viejo discurso universitario, con sus pretensiones de objetividad y de rigor, con su distancia de los interlocutores, con su ausencia de mediación.

5. El sistema de clases (se da clases a los clasificados…), con la consiguiente fragmentación de saberes y el aislamiento entre disciplinas.

6. La primacía de una tecnología por encima de otras: la de la palabra oral, y mucho menos la de la escrita, si se toma en consideración la producción intelectual de los educadores.

7. La falta de producción intelectual orientada directamente a la educación.

8. El analfabetismo tecnológico de buena parte de los educadores.

Con esto de agregar valor, consideramos que el primer valor agregado es el pedagógico; desde esa base resulta posible abrirse al mundo de las tecnologías. Nuestros casi 700 colegas con título de postgrado en docencia universitaria constituyen una reserva de capacidades y de formas de educar que podrá ser aprovechada en su momento para iniciativas en las que se comprometa de lleno el universo virtual.

No discuto la posibilidad de entrar por la tecnología para avanzar hacia cambios pedagógicos. La experiencia de José Durán en la Universidad de Concepción, Chile, es clara en ese sentido: los docentes, con sus modos tradicionales de trabajo, fueron invitados a crear páginas personales con su programa de estudio y con alguna oportunidad de contacto por parte de los estudiantes. Se generó así, para quienes aceptaron entrar en la experiencia, un intercambio que pronto comenzó a influir en los modos de enseñar y de aprender. Pero esto puede tener un límite, porque no se trata sólo de mejorar en algunos aspectos lo pedagógico, sino de partir de una concepción básica que busque transformaciones de fondo.

Digamos, en fin, que las experiencias aisladas, de una cátedra o de una carrera, podrán tener mucho valor, pero seguirán siendo eso: experiencias aisladas. Lo que nos remite a la necesidad de incluir en estos procesos a la mayor cantidad de gente de una institución. Y esto conlleva la presencia de una voluntad política, venga desde la conducción o desde el mismo personal.

La pedagogía, como la hemos planteado, es profundamente política, en el sentido de política universitaria, pero también de política a secas, cuando se entiende este término como el trabajo en los espacios públicos de la *polis.*

Nos movemos con y entre seres humanos; lo fundamental son las relaciones, el interaprendizaje, el camino común, el entusiasmo compartido, la comunicabilidad, la interacción…

Lo demás, *todo lo demás*, siguen siendo medios de comunicación.

Preciosos medios, preciosas tecnologías que constituyen para nosotros, los educadores, un destino, pero que adquieren sentido cuando se los ilumina desde una mirada pedagógica.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 7 de octubre de 2001

---

[1] Texto base de la teleconferencia ofrecida por a la Universidad Javeriana de Cali, Colombia.

[2] Prieto Castillo, Daniel, *La enseñanza en la educación,* Buenos Aires, Ciccus-La Crujía, 1998.

[3] Prieto Castillo, Daniel, *Mediación pedagógica y nuevas tecnologías aplicadas a la enseñanza universitaria*, Bogotá, ICFES, 1997.

[4] No puedo dejar de recordar aquí que ya tuvimos una primera revolución tecnológica de los medios para la enseñanza en la década del 60, cuando irrumpieron los circuitos cerrados de televisión, los proyectores de diapositivas, las filminas… La apropiación por parte de la escuela y de la universidad fue muy pobre, a pesar de la cantidad de dinero gastado en la adquisición de equipos.

[5] El Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa, ILCE, ha sido encargado por el gobierno de México para llevar adelante un proyecto nacional de educación a distancia con el

uso de las tecnologías de la información y de la comunicación. Trabajé en ese organismo a fines de la década del 70, éramos unas 40 personas en total, hoy se desempeñan 900.

[6] Recordemos a MacLuhan cuando habla de que un nuevo medio tecnológico se llena con las formas de comunicación de los anteriores. En el espacio educativo planteamos la posibilidad de la colonización de un nuevo medio por los viejos modos de enseñar y de comunicar en el aula. Así, por ejemplo, la incorporación de salas de teleconferencia y de aulas remotas sirvió desde hace unos cuatro años, y todavía ello continúa, para dar clases a distancia, dejando fuera otras posibilidades que ofrece la tecnología. Se planteaba la tendencia a repetir el viejo circuito cerrado de televisión, sólo que ahora a dos o tres mil kilómetros.

[7] Prieto Castillo, Daniel, *Utopía y comunicación en Simón Rodríguez*, Quito, CIESPAL, 1985.

[8] Ortúzar, Gabriela, "El Web de la Universidad de Chile: nuevas tecnologías aplicadas a los servicios de información universitarios", ponencia presentada en el IV Seminario Internacional Las Nuevas Tecnologías y la Educación Superior, Santiago de Chile, CLADES-CEPAL, 13 al 15 de octubre de 1999.

[9] He incluido un artículo sobre esa rica experiencia en mi libro *Comunicación, universidad y desarrollo*, La Plata, Argentina, Universidad Nacional de La Plata, 2000.

[10] El curso se organizó en cuatro módulos: La educación a distancia, La mediación pedagógica, La tutoría y la evaluación, La administración del sistema.

[11] Molina, Víctor; Prieto Castillo, Daniel, *El aprendizaje en la universidad*, Mendoza, EDIUNC, 1999.

[12] Se cuenta que el cineasta francés Jean Renoir, cuando intentó dirigir su primera película se paró delante de la lente de la cámara porque no tenía idea de cómo funcionaba semejante aparato. Pero venía de la creación literaria y de la producción intelectual, lo que pronto le permitió apropiarse de ese instrumento.